



# Cita en el aire

FASCÍCULO TERCERO



3 de 9

Severiano Gil

## CAPÍTULO CINCO

### CARRETERA GENERAL MELILLA-VILLA SANJURJO MARRUECOS ESPAÑOL

Durante todo el camino, Rafael no pudo dejar de pensar en su entrevista con Margarita Hidalgo, la pobre...

Se había hecho ella ilusiones respecto a pasar la tarde los cuatro juntos, y la excusa de ellos —a saber por qué había sonado como tal— del servicio en la base ensombreció su faz juvenil, hasta el punto de que el brillo de sus ojos anunció durante un segundo inminentes lágrimas. Mari Carmen se lo tomó mejor, seguramente en razón de su mayor experiencia, acostumbrada ya a los desplantes de aquellos alocados oficiales.

Margarita, en cambio, sufridora de una rígida educación, apenas si se había acercado a otro hombre que no fuera Rafael e, inevitablemente, había surgido el romance. Sus padres, a pesar de que veían con buenos ojos la incipiente relación con aquel teniente de Aviación, aumentaron la vigilancia y adelantaron en media hora el regreso a casa de ella, guardando así las formas y, además, por aquello del *por si acaso...* Aunque Rafael era un buen partido, y no era cosa de que el muchacho perdiera el interés por una muchacha que pudiera parecer demasiado liberal; una familia de la posición de los Hidalgo —tenía ella un tío general de Ingenieros—, sabía valorar el porvenir de aquel chico tímido que sólo se atrevió a decir tres o cuatro palabras la tarde que subió a merendar.

De eso hacía ya mes y medio, y los paseos dominicales por el parque y las limonadas en *La Mallorquina* apenas ayudaron a que él, con el pretexto de ayudarla a salvar un charco, la tomara furtivamente de la mano. Ése había sido el único contacto físico entre los dos, por más que ella estaba deseando que el piloto se propasara un poco, aunque fuera en contra de su propia voluntad, en las interminables despedidas en el portal de su casa.

Rafael, en cambio, sí sabía ya lo que una mujer podía dar de sí. Había habido unos cuantos escarceos; uno de ellos en Nador, que estuvo a punto de costarle una paliza por parte del hermano de la chica en cuestión; algunas visitas nocturnas al barrio chino de Melilla, y poco más. Y estaba, por supuesto, su experiencia reciente con Aísa y, sobre todo, aquel intercambio de miradas con la muchacha de la túnica blanca.

Pensaba en ella y sentía que el corazón se le aceleraba, a la par con el motor del Mercedes que devoraba kilómetros en dirección a Mídar.

Al pasar Tistutin, ambos hombres comenzaron a intercambiar miradas divertidas; Luis, el dueño del coche, conducía y Rafael, sentado a su lado, no dejaba de cambiar de posición las piernas sin hallar la definitiva cómoda postura dentro del no demasiado amplio habitáculo del modelo deportivo alemán.

—Como me hayas engañado —murmuró el primero, todavía resistiéndose a creer lo que parecían dislates de un novato.

—Tú calla y conduce, que ya queda poco.

## **CASA DE BACHIR, MÍDAR MARRUECOS ESPAÑOL**

Remigio echó un vistazo a la bodega, cuidando que nada estuviera fuera de lugar para facilitar la selección posterior. El depósito subterráneo estaba casi lleno; alrededor de seis mil litros, por lo que era necesario efectuar un envío. Por todos los rincones había cajas apiladas, latas de aceite y cartones de tabaco; allí dentro había un buen puñado de dinero esperando ingresar en los cauces normales del mercado negro.

Remigio González cerró la puerta con candado y pensó en las dificultades que entrañaba mover toda aquella mercancía hasta sus lugares de destino; eso sin contar con los equilibrios que había que hacer para que las patrullas del destacamento cercano no cortaran de un tajo los viajes que llenaban o vaciaban aquel sótano. Menos mal que aquel capitán de Caballería era fácil de contentar.

Pero cada vez era más difícil, más arriesgado; había que mover más carga, y más rápidamente; aquello era una cosa en la que, a fuerza de repetir una y mil veces los mismos pasos, se llegaba a perder el temor, y entonces llegaba el fallo y la cárcel, o la muerte en un tiroteo.

Había que romper la norma, era preciso, y se había alegrado cuando Bachir le puso al tanto de los proyectos del nuevo sistema que iban a emplear, porque a todos vendría bien un cambio de aires; a todos, excepto a los militares de Mídar, a los que iba a acabárseles la bicoca.

Al principio, Remigio se extrañó de que Bachir accediera a usar su propia casa para aquel descarado lenocinio; pero, como él mismo decía, era necesario. Claro que las dos o tres muchachas dispuestas a colmar los deseos de los oficiales del destacamento procedían de cábilas lejanas y, sobre todo, no emparentadas con los de Beni Ukil, ni con los de Beni Tusin, dentro de cuyo territorio estaba aquella casa. Así sí tenía explicación; todas las muchachas pertenecían a la etnia bereber *amásigh*, no a la altiva clase árabe cuyos miembros, escasos y bien diferenciados, despreciaban un poco a sus vecinos aborígenes de Marruecos.

Remigio se aseó en el cuarto que Bachir ponía a su disposición, y dudó entre echarse un rato para recuperar sueño o bajar a tomar un té con Busta. Eligió la primera opción y, mientras se tumbaba en la cama, extraña por su proximidad al suelo y la ausencia de armazón de madera, deseó que el nuevo método de introducir gasolina directamente en Tetuán se hiciera realidad muy pronto.

Allí, tendido de espaldas sobre el camastro de la habitación en penumbra, oyó el rebuzno de un burro, el parloteo de las mujeres en el patio posterior y, como fondo, el rumor del agua en la fuente que presidía el patio central de la casa. El fresco de la tarde comenzó a hacer su efecto, y el cansancio acabó por dominarle dulcemente.

Se durmió oyendo, como en sueños, el motor de un automóvil que, lejano, pasaba por la carretera principal.

## **DESTACAMENTO DE CABALLERÍA MÍDAR, MARRUECOS ESPAÑOL**

El Mercedes descapotable cruzó la población y levantó una tremenda polvareda amarilla cuando, acabado el asfalto, comenzó a rodar sobre la tierra. Luis tomó por un

desvío y dejó ir al coche hasta la entrada del recinto militar, frenando a unos metros del centinela que ya llamaba al cabo de guardia.

Rafael saltó con agilidad, devolviendo el saludo al soldado y haciendo señas a su compañero para que le siguiera.

—A sus órdenes, mi teniente —le recibió el cabo, que acudió a la carrera.

—Buenas tardes, ¿está el capitán Peñafiel? —preguntó Rafael con la tranquila seguridad de que el otro le diría que estaba fuera, en casa de Bachir.

—Sí, mi teniente.

Quintana miró a Rafael, ligeramente sardónico, y el semblante de éste acusó la contrariedad.

—Bien... —dudó—, vamos a verle.

Caminaron por el interior del recinto lleno de polvo, moscas y piafar de caballos sedientos.

—Es ahí —señaló Rafael a su compañero—, donde el banderín con crines.

Beltrán separó la vista del libro y alzó las cejas; se puso en pie y tendió una mano a los recién llegados, disimulando su sorpresa bajo una capa de cordialidad bien estudiada.

—Bienvenidos —les dijo-- ¿Qué te trae por aquí, Rafa?

—Te presento a Luis Quintana Casabianca —tuvo buen cuidado de hacer constar el segundo apellido de su amigo.

—Encantado —Beltrán no tuvo que disimular su sorpresa ahora—, ¿de los Casabianca de Barcelona?

—No, de Buenos Aires; mi madre nació allí, y algunos de la familia emigraron a Cataluña.

—¿Os apetece tomar un café? Llegáis a punto.

—Y Vicente, ¿dónde está? —preguntó Rafael, sudándole las manos.

—No digo que durmiendo la siesta, sino tratando de dormirla; con este calor..., no parece que estemos en abril —asomó el de Caballería la cabeza fuera de la tienda para gritar una orden, regresando al punto junto a ellos—. Sentaos, hombre.

Rafael quitó el polvo depositado sobre la silla elegida, y su mirada, inevitablemente, tropezó con la sorna que emanaba de los ojos de Luis.

—No sabía que hubiera Casabiancas en la Aviación —comentó Beltrán, ofreciendo a ambos sus cigarrillos americanos.

—Gracias —Luis Quintana sacó su encendedor de oro y aceptó el *Lucky Strike*—. Ya digo que somos de Buenos Aires; vinimos después de la guerra y nos instalamos en Sevilla —explicó—. Sé que tengo algunos tíos, hermanos de mi madre, en Barcelona, pero no estamos demasiado relacionados.

—Seguro que tienes una primita catalana que bebe los vientos por ti, el primo aviador —rió Beltrán, captando el nerviosismo de Rafael y el cómodo relax del otro, por lo que empezó a atar cabos.

El ordenanza colocó los vasos, el azucarero y las cucharillas, y puso un cenicero al alcance de Luis, aunque éste ya había observado la profusión de colillas que alfombraban el suelo de tierra.

—Y..., ¿qué? ¿De farra o camino de Villa? —preguntó Beltrán, omitiendo la denominación completa de la lejana ciudad de Alhucemas, bautizada hacía una década como Villa Sanjurjo en honor al comandante en jefe de las operaciones del desembarco de 1925.

—No —Luis miró a Martínez, pasándole la bola y esperando, entre sonrisas, a que el otro jugara.

—No, no vamos a Villa Sanjurjo... —el ordenanza entró con la cafetera y Rafael se aclaró la garganta— ¿No vais hoy a casa de Bachir?

—¿Bachir? —Beltrán simuló sorprenderse—. No, hombre —rió—, el banquete de anteayer no es cosa de todos los días, ¿por qué?

Rafael se encogió de hombros y puso azúcar en su vaso de cristal, mate ya por el uso y las lavadas con arena.

Beltrán se imaginó, sin esforzarse demasiado, que aquel teniente joven y sin experiencia, recién llegado a Marruecos, se había quedado muy impresionado por su asistencia a la comida servida por las furcias que Bachir les proporcionaba.

—Éste me habló de una especie de fiesta permanente —dijo, algo despectivo, Quintana, y Rafael le odió.

—Vamos, que te cayó bien Aísa, ¿no? —Beltrán rió estrepitosamente, palmeando el hombro del aludido.

Luis fue el primero en probar el café, e hizo una mueca; era fuerte y amargo, pero estaba delicioso, no como los que servían en Melilla o, menos aún, los que hacían en el bar de la base.

Envuelto en el polvo que, a contraluz, parecía acompañarle, Peñafiel entró, arrastrando los pies y con cara de sueño.

—¡Vaya, hombre, cuánto bueno por aquí! —tendió su mano y Beltrán hizo las presentaciones.

—¡Un café más! —gritó el teniente del destacamento—. Pues nada, aquí, nuestro amigo Rafa, que le sacó gusto a Aísa y quiere repetir, por lo que veo.

Peñafiel sonrió, todavía medio dormido y sudoroso, y Rafael sintió cómo se le subían los colores al verse poco menos que mendigando lo que, antes, los otros le ofrecieran sólo por casualidad.

—Hombre... —Peñafiel se inundó el estómago con el contenido de un gran vaso de agua, y siguió sonriendo al amigo de su hermano—, eso tendríamos que haberlo sabido antes. Si hubieras avisado...

Rafael se sentía peor a cada momento que pasaba, y más al darse cuenta de que no sólo era un intruso, sino que había doblado la molesta visita al traer consigo a Luis. Beltrán estaba callado, fumando con cierta afectación; Quintana había cogido un segundo *Lucky*, mojado el anterior por una salpicadura de café, y Peñafiel aguantaba el tipo brindando una cortesía que estaba lejos de sentir, mientras aguardaba a que el primero hablara.

—Bueno, la verdad es que —Rafael hizo un esfuerzo—, estábamos probando el coche de Luis y, al pasar cerca de aquí...

No servía para mentir, pero Beltrán pareció interesado por el automóvil.

—¿Es nuevo?

—¿El coche? —Luis guardó su encendedor y negó—. No, de segunda mano; se lo compré a un comandante que se marchó destinado, pero está flamante.

Peñafiel se sirvió café en el vaso que el ordenanza acababa de poner frente a él, y escuchaba la conversación de los otros sin apartar de su mente el verdadero motivo de la visita de Martínez. Había captado la situación, y atinó a la primera al pensar que Rafael habría engatusado al otro para que lo acercara con su coche hasta allí. Recuperada la agilidad mental después del café, dedujo que, si ambos salían del

campamento con el rabo entre las piernas, Quintana se encargaría de que Martínez fuera el hazmerreír de la base, si no de toda Melilla, durante unos días.

Beltrán y Quintana seguían embebidos entre carburadores, cilindrada y consumo del fastuoso deportivo, y el capitán se dijo que no le convenía aquel tipo de publicidad, y menos en Melilla, tan cerca de la Comandancia General. Con un par de retoques más a su idea, decidió agarrarles a los dos por el lugar más especial.

—Oye, Rafa, estaba pensando..., ¿qué tal si quedo con Bachir y nos organiza algo bueno? —les guiñó un ojo—; ya sabes, para mañana mismo. Os dejáis caer por aquí a esta hora y...

—Bueno —Rafael tuvo la entereza de aparentar cierta ausencia de interés, pero notó cómo se le aceleraba el pulso—, estupendo, mi capitán.

Quintana y Beltrán se pusieron en pie y salieron para ver algo referente a la mecánica del Mercedes modelo de 1936, y Peñafiel acompañó a Rafael en seguimiento de ellos. Cuando llegaron a la puerta del destacamento, después que el centinela y su rígida posición de saludo quedaran bien atrás, el capitán adoptó un aire enigmático.

—Oye, Rafa, como te puedes imaginar, todo esto..., lo de Bachir y todo lo demás, no debe propalarse por ahí.

—Claro, hombre, faltaría más... —Rafael se apresuró a dejar bien claro que entendía la postura del otro—. Descuida, que esto no sale de nosotros.

—No es por nada, pero si se enteraran en la Comandancia...

—Ahora mismo hablaré con Luis y le diré que *punto en boca*, no te preocupes.

Estuvo a punto Rafael de decirle que, si era posible, estuviera presente la muchacha de la túnica blanca, pero se dijo que era demasiado; subió al asiento del acompañante y sonrió ante la admiración que sentía Beltrán por los ocho cilindros del Mercedes de dos plazas, aunque el elevado consumo de escasa gasolina disponible en el mercado era un verdadero quebradero de cabeza para su dueño.

Cuando ya ingresaban en la carretera general, de vuelta a Nador, Rafael se dijo que no había salido todo tan mal, aunque la ilusión frustrada de ver a la chica aquella tarde le dolía en el pecho. No obstante, se sintió reconfortado por saber inminente su regreso a Mídar..., y a casa de Bachir.

## **PALMS FIELD, BÉCHAR**

### **ARGELIA FRANCESA**

Tenían una especie de sala de estar, justo debajo de la de operaciones, y Howard, cansado después de dos horas de volar el *Lysander* pero reanimado por la ducha y los dos emparedados y la cerveza que fueron su cena, decidió consumir el tiempo posterior al crepúsculo con unos instantes de calma.

Al llegar, se vio agradablemente sorprendido por la presencia de Claire, que leía arrellanada en una butaca, y Mark Shaeffer, que parecía muy interesado en ganarse a sí mismo una partida de ajedrez.

Hizo una seña de saludo y se acercó al tocadiscos colocado junto a la chimenea. Ojeó los títulos y puso una versión de *Avalon* de una desconocida orquesta de jazz francesa.

Al empezar los alegres compases, Claire levantó la vista y le miró, sonriendo y dejando de lado la manoseada revista, lo que Howard interpretó como una invitación a la charla.

—Es la primera vez que veo a un *yankee* seleccionar algo que no sea *In the mood* —dijo ella, cuando él se sentaba a su lado.

Estaba recién duchada, tenía el pelo aún mojado, y la placidez en el gesto que precede a una relajación placentera.

—Bueno —Howard pensó en el porqué de su elección, pero no halló respuesta—, tal vez es que no me encuentro, precisamente, en forma.

Ella rió el juego de palabras, y atrajo durante un segundo la mirada de Shaeffer, que dudaba en qué casilla colocar un caballo rebelde. Claire llevaba el compás con la mano sobre el asiento, escuchando las notas que, evidentemente, le traían recuerdos agradables. Howard no quiso interrumpir, y se enfrascó en un repaso de todo lo que había anotado en su cerebro referente al avión.

Claire tenía razón; cargado con seiscientos litros de gasolina en el depósito que ocupaba la cabina posterior, más la paquetería, el *Lizzie* se volvía muy pesado de cola, comportándose como un jabalí herido en sus cuartos traseros. Ya sabía Howard que el *Lysander* no despegaba alzando la cola durante la carrera de aceleración, pero no estaba preparado cuando, ya en el aire, el morro se empeñó en tirar hacia arriba de una forma poco agradable que, además, podía acabar induciendo a una pérdida en cuanto uno se descuidara. Resolvió calar el compensador de profundidad en *todo abajo*, y el equilibrio del avión pareció mejorar algo.

Ibarra no le había comentado nada al respecto, aunque Howard lo achacó a que el otro le consideraba un piloto avezado que podía corregir el defecto con naturalidad. No obstante, se sentía agradecido a la francesa por haberle advertido.

El disco terminó, y Claire se le quedó mirando.

—¿Recuerdos de allí? —malinterpretó su abstracción.

—No, qué va —se puso él en pie y se acercó a la gramola. Cogió otra placa y, al momento, los suaves compases de *Basin street blues* llenaron la estancia, haciendo que Shaeffer siguiera el ritmo pausado con oscilaciones de su cabeza negra—. Aunque parezca mentira, estaba pensando en el avión —dijo, al volver a sentarse, notando, por el entrecerrar los ojos de ella, que la música producía un acusado efecto relajante en la francesa—, ¿y tú?

Habían pasado del circunspecto *usted* del idioma inglés al tuteo con una facilidad que rayaba en la perfección. Y allí, en la habitación de luz amortiguada y empapada con los sonos armónicos, creyeron ambos hallarse muy lejos del desierto y de Argelia.

Claire suspiró.

—Pensaba en París, en Burdeos..., en los bailes a la luz de la luna de Niza, más grande, más redonda y más poética que en ningún otro lugar.

—¿Más grande que aquí? —Howard admiró, por vez primera y en calma, la escondida belleza que Claire ocultaba permanentemente bajo la blusa a cuadros y el pantalón verdoso de corte militar. La imaginó vestida de noche, apenas velada por las gasas de un traje de corte parisino.

—Eran otros tiempos —dijo ella, arrugando el entrecejo y sacudiendo su corta melena rubia—. Es curioso, de todo esto sólo hace cinco..., seis años —dejó de hablar para oír el final de la pieza y, cuando la aguja rasgó el silencio del disco, siguió—; sin embargo, parece que ha transcurrido toda una vida desde entonces.

Howard hizo memoria, y se imaginó el París de 1943: la gran capital de Europa bajo el dominio nazi.

—¿Y la guerra?

—Ah, la guerra... —esta vez fue ella la que se levantó y fue hacia el tocadiscos, buscando los títulos y contoneando las caderas al ritmo de una música imaginada—. Yo, al menos, no la sufrí hasta mucho después. Cuando ya era evidente el enfrentamiento entre la Resistencia y los ocupantes... —se volvió para mirarle—, y vosotros, los americanos, estabais al llegar —hizo memoria—. Mi familia es muy grande, y yo había dejado Argelia para ir a la metrópoli a estudiar. Sólo llegue a segundo de carrera y, cuando las cosas empeoraron, nos marchamos todos nosotros al Sur, a la Costa Azul, a esperar a ver en qué acababa todo.

Empezó a sonar *Los puentes de París*, y Shaeffer dio por terminada su partida derribando ambos reyes sobre el tablero.

—Me voy a dormir, buenas noches.

—Buenas noches, Mark.

—Hasta mañana —Howard se despidió, agradeciendo el hecho de quedar a solas con ella, y reanudó la conversación— ¿No os molestaban los alemanes?

—¿Los alemanes?, ¡qué va! —sonrió ella—; trataban, los pobres, de comportarse como dechados de educación y civismo, a pesar de sus uniformes, sus poses altivas y las detenciones de la *Gestapo*. En el terreno de las relaciones sociales —recordó—, apenas una velada negativa era suficiente para oír un taconazo de sus botas y hacer que inclinaran la cabeza al despedirse —rió ahora—. La mayoría procedía de niveles tan bajos en la escala social que no podían evitar sentirse intimidados..., aunque el uniforme ocultara con cierto éxito a carniceros, carboneros o estibadores de los muelles de Hamburgo..., igual que vosotros.

—¿Nosotros? —Howard hizo una mueca y acabó con el índice apoyado en el pecho, mientras ella asentía.

—Los aliados en general y los norteamericanos en particular —su tono era de saber de qué estaba hablando, y Howard, a pesar de su sorpresa, la dejó seguir—. Llegasteis igual que los alemanes, repartiendo dulces, prohibiendo cosas y locos por seguir a las primeras faldas que se dejaron ver.

Con la voz de ella sobre el fondo de los acordes parisinos, Howard pasaba revista mental a su comportamiento, una vez que su escuadrón fue trasladado a la Francia liberada; pero, en contra de la opinión de la francesa, sólo se recordó a sí mismo como un muchacho agotado por la tensión de los vuelos a baja altura y la falta de sueño, demasiado cansado para perseguir faldas a diario.

—Sólo os diferenciabais de los alemanes en dos cosas —continuó ella, hablando con una encantadora sinceridad y sin el menor asomo de rencor, a pesar de sus palabras—: vuestra arrogancia no era tan engominada, y, segunda, vuestros uniformes estaban diseñados con menos originalidad.

Howard tuvo que reír, aceptando la broma, aunque se sentía ciertamente molesto al ser comparado con los nazis.

—¿Y las detenciones? —preguntó, repentinamente serio—, ¿y los campos de concentración? ¿Y el exterminio de los no arios? Nosotros no hicimos eso, no lo hacemos, aunque nuestro ejército aún esté en Europa.

Ella se dejó caer de lado sobre el sofá, de manera que le miraba de frente; cruzó los brazos en aquella postura y pareció dispuesta a rebatir, punto por punto, la opinión de él. El disco acabó, pero ninguno de los dos se movió.

—Cada cual cuenta la historia a su modo y manera —se encogió ella de hombros—. Yo tuve la suerte de no tener que sufrir nada por parte de los alemanes; sí sé de



amigos que fueron perseguidos —puntualizó—, varios de ellos judíos; pero ni yo ni mi familia tuvimos nada que temer, ni en París y, mucho menos, en el Sur. En cambio —Howard notó como se endurecía su voz—, los *libertadores* aliados fueron directamente al asunto y, como primera medida, metieron a mi padre en la cárcel.

—¿En la cárcel? —se asombró Howard—, ¿acusado de qué?

—De nada; hasta que las autoridades francesas..., gaullistas, no se hicieron cargo, a primeros del cuarenta y cinco, no supimos que mi padre y otros muchos habían sido detenidos por presunta colaboración con el enemigo... —ella trató de reír— ¡Mi padre y mis tíos!, que no hicieron otra cosa que mantener en marcha su negocio, dar trabajo a un montón de padres de familia y evitar que la industria francesa acabara en la ruina.

—Pero..., eso lo hicisteis cuando la ocupación, ¿no?, luego era trabajar para los nazis —opinó Howard, mientras se ponía en pie y colocaba un disco tomado al azar.

—Aquello era Francia —detectó él un punto de orgullo mezclado con rabia, y se recomendó a sí mismo precaución—, y no el puñado de cobardes que huyeron para, después, con las espaldas cubiertas por vosotros, los aliados —pronunció la palabra con cierto desdén—, adherirse a ese generalito desgarbado que se transvistió en la patria francesa.

La música del disco era infernal, una rumba alocada con toda la calidez de los trópicos, y Howard levantó la aguja para sustituirlo por otro. Eligió *Moonlight serenade* con la intención de calmar los ánimos.

—¿Qué le ocurrió a tu padre? —preguntó, arrepintiéndose en el acto, aunque ella cambió de expresión y pareció más relajada.

—Tuvieron que soltarle, a él y a sus hermanos, devolviéndoles el honor perdido; pero mi padre no quiso seguir allí, rodeados de arribistas orgullosos, y nos trasladamos de nuevo a Argel..., y aquí estamos, tratando de sacar la cabeza del agua..., o de la arena en este caso, y vivir lejos de los que nos traicionaron.

Un poco melodramática, pero tal vez fuese parte de culpa de la música. Howard se esforzó por hallar un camino que alejara el tema de conversación.

—¿De qué era la fábrica de tu familia?

—Teníamos dos. Una construía piezas aeronáuticas de madera; ya sabes, largueros, formeros, láminas de contrachapado... La otra fabricaba magnetos y otros generadores.

¡Dios!, pensó Howard, escandalizado, habían estado construyendo piezas de aviación para los alemanes y...

Decidió, no obstante, no crearse prejuicios, y mucho menos a posteriori; aunque, pensando en Ernie, supo que éste los tenía, y bien afirmados. Era seguro que el evidente antagonismo entre el español y la francesa pasaba también por aquello.

—Me gustaría que me hablaras de ti —dijo Claire, repentinamente—, pero es tarde y estoy agotada.

—Como quieras —respondió él, sin llegar a tomar asiento de nuevo.

—¿Tú no piensas acostarte?

—No tengo sueño.

—Recuerda que, mañana, no podrás dormir mucho —se puso ella en pie, muy próxima a Howard, y él se preguntó qué pasaría si, igual que sucedía en las películas, la abrazaba y la besaba como epílogo a tantas confidencias.

—Trataré de hacerlo por la tarde, así estaré más despejado para el vuelo.

Ella asintió, y se dirigió a la puerta, cerrándola despacio. Howard escuchó los últimos compases de la melodía de Gershwin, y dirigió sus ojos hacia un estante con pretensiones de librería, eligiendo un par de volúmenes en inglés cuyo título prometía.

Decididamente, no tenía sueño.

Le despertó el barullo de pasos y voces en el piso de arriba, en operaciones, y, al mirar el reloj, se sorprendió al ver que eran las ocho de la mañana. Había pasado la noche sobre el sofá y, junto a él, un libro de arqueología le mostraba sus páginas abiertas, aunque era imposible recordar nada de lo que había intentado leer.

Fue a ver qué pasaba arriba, aunque le movía más la necesidad de beber un café. Entró en la sala de operaciones y vio a Albert y Julien, que rodeaban a Claire mientras ésta sostenía el auricular del teléfono. La chica apenas le miró, y Howard fue hacia la cafetera, envuelto en frases en francés entre las que destacaba la palabra *Mehari* una y otra vez.

Luego, Claire colgó cuando ya el brebaje benefactor descendía por la reseca garganta del piloto norteamericano, y la chica, interrumpiendo a Julien, se dirigió a Howard, en inglés.

—¿Sabes?, dentro de tres días, debemos presentar el biplano en Argel para obtener la certificación definitiva.

—Me alegro —hizo el gesto de brindar con la taza de café.

—Y, además —siguió ella, radiante—, ¡viene papá!

## CAPÍTULO SEIS

### SOBRE MAR CHICA MARRUECOS ESPAÑOL

Rafael completó bien pronto su circuito de prácticas, con el corazón palpitándole a causa de las dos *barrenas* que tuvo que realizar y de las cuales había salido de puro milagro o, al menos, eso pensaba él.

Regresando a *Tauima*, vio dos puntos marrón-verdosos que se acercaban y, al poco, identificó a dos de los cazas Heinkel 112, que se colocaron en formación con él.

Eran realmente bellos, destilaban furia, agilidad y progreso si se los comparaba con el arcaico biplano que él pilotaba. Los otros dos volaban con las cabinas descorridas, y reconoció el saludo con el brazo de su amigo Luis Quintana. Le respondió del mismo modo, y no pudo evitar pensar, con un cosquilleo de impaciencia, en lo que les esperaba aquella misma tarde.

Pasados un par de minutos, Luis, que actuaba de líder de la otra pareja, hizo alabear las alas y los dos aviones se desviaron, raudos y elegantes, para iniciar el patrón de aproximación a la pista de la base. Rafael, soñando con el día cercano en que pudiese subir a uno de ellos, mantuvo la atención en el vuelo de su *Chirri* para no entorpecer las evoluciones de otros tres o cuatro biplanos, tripulados por gente más novata que él —le parecía imposible—, y que apenas sabían volar rectos y nivelados en los briosos, aunque antiguos, aparatos de caza, tan distintos a los aviones de enseñanza.

Esperó lo suficiente para que los He-112B aterrizaran, y dejó que uno de los noveles, que hacía menos de dos semanas que estaba allí, desplomara el CR-32 que pilotaba sobre el campo de hierba; a continuación, y sonriendo por la inexperiencia del otro, dio una vuelta más sobre Villa Nador, que se soleaba a la orilla de la Mar Chica, e inició el descenso hacia el aeródromo.

Unas horas más, y estaría en Mídar.

Dominando la tendencia a alzar el ala de donde recibía el viento, Rafael Martínez completó la corta final y, virando, enfrentó la pista de *Tauima* con el motor casi al ralenti y el morro bajo para no perder velocidad.

Una vez en tierra, tardó en pasar el tiempo, pero, a media tarde, el fantástico Mercedes descapotable de Quintana zumbó casi como un avión en dirección Oeste, girando sus ruedas al compás de la impaciencia de Rafael por llegar a su destino.

Apenas trazaron la curva anterior a la entrada del pueblo, vieron a lo lejos los caballos de sus dos ciceros, y Luis desvió el coche a la derecha, sobre la pista que llevaba directamente a la casa de Bachir, a la puerta de la cual llegaron a la vez que los otros.

Peñafiel se apeó del caballo y les recibió con una sonrisa; Beltrán, en cambio, sólo tenía ojos para el coche, y dejaba traslucir sin ambages la envidia que sentía hacia Luis por ser éste poseedor de aquel bendito Mercedes *Sport* de largo morro y silueta rasante; algo que nadie que no fuera un verdadero millonario podía disfrutar.

—Sois puntuales, ¿eh? —dijo el teniente de Caballería.

—Quedamos a esta hora, ¿no? —miró su reloj Rafael, mientras que el mismo marroquí que aquel otro día le impidiera seguir a la chica les abría el portón.

Luis cedió el asiento del conductor a Beltrán, y fue éste el que introdujo el coche en el patio con evidente satisfacción. Los caballos fueron atendidos, y los cuatro españoles ascendieron por las escaleras, espiando Rafael por entre las celosías y macetas con la esperanza de vislumbrar la presencia que tanto deseaba.

Llegaron a la habitación de la vez anterior, y Peñafiel se despojó él mismo de sus botas de montar, el correaje y la pistola que llevaba en una funda de cuero. Beltrán hizo lo mismo, y los dos aviadores dejaron caer sus gorros en un rincón, echándose sobre los cojines, ambos sin abandonar una postura evidentemente rígida e incómoda.

Cambiaban palabras entre ellos, pero todas relativas a temas intrascendentes, al menos para Rafael, que no dejaba de preguntarse en qué momento empezaría todo.

—Yo, de vosotros, no me sentaba —dijo Peñafiel, con una sonrisa que el otro coreó.

Los dos aviadores le miraron sin comprender, y una muchacha a la que Rafael no conocía entró con el servicio de té y una expresión de sumisión algo forzada.

—Ahora que, si preferís tomar fuerzas antes de... —Beltrán dejó la frase sin terminar, y Luis prestó atención a las formas que se adivinaban bajo la tela suave de la túnica de la mujer.

—Las otras os están esperando —Peñafiel alzó un dedo señalando el pasillo—. Cuando os plazca, vais a encontraros con ellas.

Rafael sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? —Peñafiel observaba, con interés, el ritual de endulzar el té que estaba llevando a cabo aquella chica de mirada huidiza—; tú ya has estado —le dijo a Rafael—: en la habitación de al lado y en la siguiente.

Rafael Martínez quiso disimular su prisa, pero Luis se puso en pie, algo nervioso, aunque aparentando una calma aprendida a fuerza de años, no en balde contaba dos más que su compañero.

Dejaron la conversación de los de Caballería a sus espaldas y caminaron por el pasillo donde se hallaban las dos puertas destinadas a cada uno de ellos. Luis se detuvo unos instantes ante la segunda y miró a Rafael, quien le devolvió un gesto de asentimiento al accionar el picaporte y entrar en la habitación, que olía a incienso, a hierbabuena y a té, todo ello mezclado con un ligero olor a ropa antigua.

Aísa estaba allí, sonriente y segura de sí misma, incorporándose con rapidez y echando los brazos al cuello del teniente español.

—Hola —dijo ella, mientras que Rafael sonrió apenas, desbordado por un beso que no deseaba—. Siéntate.

Rafael obedeció, y ella le quitó los zapatos, comenzando acto seguido a desabotonarle la camisa azul, aprovechando, entre botón y botón, para acariciarle el pecho con sus manos untadas en *hanna*.

Bastaron unos instantes para que Aísa se diera cuenta de que aquel fogoso joven de la otra vez no respondía como ella hubiera esperado y, concedora de mil y una maneras de lograrlo, acabó de despojarle de la camisa y se puso en pie, alejándose unos pasos en dirección a la ventana y simulando un pudor que, pensaba, haría su efecto.

Rafael vio como caían la túnica verde y otra mucho más suave y transparente, la segunda más lentamente que la anterior. Aísa se volvió entonces, ataviada solamente con unos zaragüelles satinados y mostrándole sus pechos desnudos; con ademanes felinos, se arrodilló ante él y se dispuso a soltar la hebilla de su cinturón.

No podía negar el español que estuviese tremendamente excitado, no era para menos. Antes de quitarle el pantalón, la experta meretriz al servicio de Bachir reforzaba su intento de seducción con un gesto más quer provocador.

—No, espera —dijo él, y ella se incorporó, obediente, aguardando a que él sugiriera una modalidad distinta—. No quiero, no me apetece ahora —farfulló Rafael—, volviendo a abotonarse la prenda con dedos torpes.

Aísa se retiró con una mano parte de la larga melena color castaño, que le ocultaba medio rostro, y esperó, extrañada.

—El otro día —dijo él, bajando más la voz—, cuando estuve aquí y bajé, me perdí por los pasillos y vi a una muchacha... —el piloto sospechó, por un momento, que no comprendía demasiado bien el español—, ¿me entiendes?

—¿Qué muchacha? —preguntó ella con un débil acento.

—Estaba en la galería, en el pasillo de las flores, y llevaba puesta una túnica blanca con bordados dorados —Rafael se detuvo al ver sonreír a Aísa, pero continuó—. Nos miramos durante unos instantes y, después, cuando quise seguirla, desapareció, y un hombre de la casa me impidió el paso.

—¿Qué quieres saber de ella? —Aísa permanecía turbadoramente cerca, haciendo ostentación de su belleza salvaje y de la tersura de su piel apenas expuesta a los rayos del sol.

—¿Quién es, cómo se llama?

—Ella es Zahra, y tiene dieciséis años —parecía satisfecha de dar aquella información—. Es guapa, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Su nombre completo es *ex-xerifa Lal-la* Zahra ben Bachir ben *hach* Táieb —sonrió de nuevo, despectiva—, la mismísima hija de *sí* Bachir.

Martínez, a pesar de su reciente llegada a Marruecos, sabía, por las clases de familiarización con la cultura autóctona, que *xerifa* correspondía al título de descendiente del Profeta y *Lal-la* era el apelativo de señora, que se daba tan solo a las mujeres de alcurnia enraizada con los orígenes del Islam.

—Zahra... —paladeó el nombre, saliendo de su arrobamiento y poniendo ambas manos sobre los hombros desnudos de Aísa—. Quiero conocerla, necesito verla...

La mujer negaba con la cabeza, mientras que el ardor de Rafael hacía que su cuerpo se agitara.

—No puede ser. No has comprendido, ella es hija de *sí* Bachir.

—¿Y qué?

—No puedes entrar en esa parte de la casa; si alguien se enterara de que ella y tú..., y si el capitán Vicente lo sabe, mucho peor.

—Me da igual.

Rafael se puso en pie y caminó hacia la ventana, furioso ante la negativa, y Aísa, con la mirada perdida, tomó la túnica y se la puso, sin dejar de pensar. Miró al muchacho y le vio guapo y joven, digno de cualquier mujer pero, sobre todo, de alguien tan especial como Zahra. Sonrió al pensar en el idilio que podía nacer y, además, ella no estaba obligada a nada con respecto a Bachir, excepto a venderse a él para que la usaran los españoles, y todo por una miseria.

Si aquel teniente estaba dispuesto a arriesgarse, allá él; no era aquél un asunto que interesara a ella ni a ninguna de las otras; y, además, era tan tentador desafiar el poderío del terrateniente que les gobernaba a todos... Se escuchó a sí misma una vez

más y, decidiéndose del todo, se puso en pie y se acercó a la espalda del teniente español.

—No hagas ruido —le dijo ella—, y, si alguien pregunta, di que he ido a lavarme.

A Rafael le bastó el gesto de ella, que pegó uno de sus dedos a los labios de él, para comprender que algo había dado un giro total dentro de la mente de la mujer. Sin querer esperanzarse en una cosa que, quizá, nunca sucediera, la vio salir subrepticamente y sin apenas hacer un ruido.

Martínez se asomó a la ventana y contempló los campos jalonados de colinas que tan bien conocía desde el aire; echó de menos un cigarrillo que nunca llevaba encima y, por un momento, pensó en ir a la habitación de al lado para pedirselo a Luis. Pero no pasó mucho tiempo antes de que la puerta se abriera y Aísa, con la respiración un tanto desbocada, se acercara a él, que la miraba extasiado.

—Vuelve después de que os marchéis —dijo, como en un trabalenguas—, pero el coche debéis dejarlo en el pueblo.

—¿Volvemos andando?

—Eso es —estiró un brazo hacia la ventana y señaló hacia abajo, donde un ángulo de la tapia posterior dejaba ver una puerta pequeña y escondida— ¿Ves esa puerta? —él asintió—, yo estaré allí una hora después de que se oculte el sol.

—¿Y...?

—Ella te estará esperando —le cortó Aísa sin dejarle acabar la pregunta y viendo como brillaban los ojos de aquel hombre guapo, a pesar de que no era más que un *aromi*—, pero ahora...

Rafael sintió, incrédulo, cómo las manos de ella le acariciaban con redoblada fogsidad, y, arrastrado hacia el pozo que se abría frente a sus apetitos, la ayudó a desvestirse de nuevo, esta vez entre gemidos de auténtico placer.

—No corras —murmuró ella—, tenemos mucho tiempo.

Y Rafael se asombró de encontrar, en la que él creía amante asalariada, un fuego tan ardiente que jamás podría ser fingido.

## CAPÍTULO SIETE

### SOBRE EL MARRUECOS FRANCÉS

Howard Lawson llevaba casi media hora de vuelo, su primera media hora *de verdad* a los mandos del Westland *Lysander*, cargado con ochocientos litros de gasolina y cuatrocientos kilos de carga variada. Y se encontraba perdido, solo y desamparado.

Lo último que le había advertido Ibarra, y lo que mejor recordaba, era que no debía ponerse nervioso si no recibía las señales del radiofaro, que a veces tardaban en ser detectadas. Pero, aun así, Howard llevaba ya tiempo preocupado.

Calculó a la estima que debía de estar volando ya sobre el extremo oriental del Alto Atlas, y se volvió a asegurar, bajo la iluminación rojiza que bañaba el cuadro de instrumentos, de que la altitud de vuelo era superior a los 2.121 metros de aquel enorme monte que el mapa llamaba Feia Kbir.

Las revoluciones del motor eran estables, el anemómetro no acusaba fluctuaciones, el tiempo estaba claro y las estrellas adornaban el firmamento; pero Howard, que en sus miles de horas de vuelo acumuladas sobre cazas no había volado más de un centenar durante la noche, se sentía muchísimo más solo que cuando pilotaba un *Thunderbolt* en sus misiones de escolta sobre Italia y el resto de la Europa ocupada.

Empezó a sentir frío, a pesar del flujo de aire caliente que procedía del motor y emanaba desde el hueco y profundo fuselaje, a sus pies; no era de extrañar, dada la altura a la que volaba, y accionó el mando que cerraba las ventilas de purga situadas cerca de las patas del tren de aterrizaje, lo que hizo que el aire caliente no se perdiera en la noche y caldeara un poco más la cabina.

Por millonésima vez, comprobó la frecuencia del receptor de navegación, que era la correcta; subió el volumen del aparato y escuchó la estática juguetear en sus auriculares, pero nada de las señales del radiofaro. A lo peor, la baliza estaba estropeada; o bien los españoles la habían descubierto y desmontado... No, no podía ser, estaba en territorio francés.

Los bereberes: sí, eso debía de ser. Aquellos montañeses incultos e ignorantes habrían visto los cuatro postes y el tendido de cables, y los habrían derribado. Por eso no podía recibir nada.

Y había estrellas, tan bajas sobre el horizonte que parecían fogatas..., ¿o acaso *eran* fogatas? No podía ser; aunque volaba tan alto que...

Primero fue el deseo.

Trataba tan desesperadamente de oír la señal de identificación que, al principio, pensó que se trataba de una alucinación auditiva; aunque, por un momento, creyó ver que la agujilla del indicador se había movido. Pero, en un aparato de baja frecuencia como aquél, podían ser tantas las cosas que hicieran moverse a la aguja: tormentas, descargas eléctricas...

Prestó más atención y... Sí, ¡sí!, allí estaba: *di-daa-daa-di*, la letra *P*; *di-di-di-di*, la *H*; *di-di-daa-di*, la *F*... *PHF*, era el indicativo de la estación.

Cada vez un poco más audible, el indicativo Morse le fue tranquilizando; luego, se interrumpió y comenzó a escucharse la letra *N*, raya-punto, confirmándole en su estima de que estaba penetrando en los haces de la emisora por el cuadrante inferior derecho, por el Sudeste.

*Daa-di, daa-di, daa-di...*, durante un minuto y, después, vuelta a la identificación de nuevo: *di-daa-daa-di, di-di-di-di, di-di-daa-di*.

Estaba en el buen camino.

Apenas se dijo la frase mentalmente, la cabina comenzó a llenarse de humo, y llegó el pánico junto con el recuerdo de que, en un *Thunderbolt*, había que abrir la cúpula y saltar fuera antes de que llegara la explosión. Pero se acordó a tiempo de que había cerrado las ventilas, y el miedo se esfumó.

Las volvió a accionar, la temperatura en el interior bajó y el humo se convirtió en hilachas pálidas que desaparecieron, arrastradas por el flujo de refrigeración del motor, que giraba estruendoso a pocos centímetros de las punteras de sus botas. Eso era todo, el aire ambiente de la cabina era tan cálido que se condensaba al tocar los fríos cristales y los soportes metálicos que tanto abundaban en el interior, formando nubes de vapor.

Sonrió para sí mismo y movió la cabeza al reconocer que, por un momento, había estado a punto de tirarse en paracaídas. La tensión de la escucha del radiofaro, el terror al ver el humo y la presencia constante y angustiosa de los centenares de litros de gasolina que llevaba a bordo...

A pesar de sus horas de vuelo, Howard se dijo que tenía mucho que aprender.

Conectó la radio y acercó a la boca la mascarilla de oxígeno para hablar por el micro incorporado a ella.

—*Pamela*; oiga, *Pamela*. Aquí *Lizzie*, ¿me reciben? Cambio.

Como respuesta, desde *Palms Field*, sólo se oyeron dos golpes al interruptor de la radio, evitando así hablar.

—Estoy en el rumbo; repito, estoy en el rumbo. *Lizzie* fuera.

Así estarían tranquilos, al menos hasta que pasara un buen rato.

Howard imaginó a Ibarra sudando a mares, a Harry haciéndose el duro y a Claire pretextando algo para estar presente cerca de la emisora de radio. Pero el novato lo iba a hacer todo de maravilla, y todos ellos estarían en la cama, a eso de la una de la madrugada, cuando les notificara haber despegado de *Phantom Field* en su vuelo de regreso.

## **CASA DE BACHIR, MÍDAR**

### **MARRUECOS ESPAÑOL**

Luis le había gritado, incluso, para tratar de disuadirle, pero todo era inútil. Cuando se despidieron de Peñafiel y Beltrán, Rafael había aguardado unos minutos hasta que hubieron rebasado el pueblo con creces; entonces se lo dijo y, a pesar de sus primeras negativas, Luis Quintana dio la vuelta al Mercedes antes de alcanzar Dar Dríuch, aparcándolo junto a una arboleda y fumando ambos un cigarrillo mientras esperaban que pasara el tiempo. Después de la puesta de sol, el descapotable, de un sobrio y elegante color negro, pero completamente empolvado, recorrió a la inversa el camino, para detenerse en una callejuela de Mídar cercana a la oficina de correos, junto a una oscura tasca que apestaba a vino rancio a diez metros.

Media hora antes de su cita con Aísa, Rafael se puso en marcha y salió al campo con Luis pisándole los talones.

—Tú estás loco —le oyó decir quedamente—; te la vas a jugar, ¡nos la vamos a jugar!



—Shsss..., cállate, hombre; no pasará nada, ya lo verás.

—¿Que no? Como le pase algo al coche...

—¿Qué le va a pasar?

A no más de quinientos metros, en la falda de una de las colinas que dominaban el pueblo, la casa de Bachir se alzaba desafiante en medio de la creciente oscuridad.

—Tú no sabes en lo que te estás metiendo —Luis le alcanzó, sujetándole de un brazo—, y en lo que me estás metiendo también a mí. Esa muchacha es..., es casi una princesa.

—¿Y qué?

—¿Cómo que...? —Luis, veterano de Marruecos y conocedor de las costumbres, usos y ética del lugar, se esforzaba en hacerse comprender— ¿Quién puñetas te crees tú que eres? ¡Un *aromi* de tres al cuarto..., un infiel!, ¡una poca mierda para tratar siquiera de acercarte a una mujer de su estirpe!

—Déjate de bobadas, ¿quieres, Luis? —Rafael sacudió la cabeza y miró hacia la casa; su reloj le decía que faltaban diez minutos para la hora—. Lo que pasa es que tienes miedo, un miedo que no te cabe en el cuerpo.

Martínez echó a andar hacia arriba, y Luis le siguió; efectivamente, el otro tenía razón en tacharle de miedoso. Por muy acostumbrado que estuviera a África o, quizás, precisamente por eso, el hecho de encontrarse sólo, a casi un centenar de kilómetros de su base, después de anochecido y metiéndose hasta el cuello en un lío de faldas, ¡allí, en Marruecos!, era para sentirse de todo, especialmente miedoso.

Dieron un rodeo, salvando matorrales espinosos y chumberas y oyendo ladrar a los perros; en un abrir y cerrar de ojos, la tapia estuvo frente a ellos, y, algo a la derecha, la puerta pequeña, insignificante y, a la vez, invitadora.

Antes de llegar, oyeron gruñir los goznes, y un perro invisible comenzó a ladrar a corta distancia, pero los ojos de Rafael captaron el movimiento de las ropas verde claro de Aísa, y su pulso se tranquilizó.

—Cuidado, Rafa —musitaba, prudente, Luis.

—Venid —Aísa, a un par de metros, hizo una seña y les invitó a pasar, cerrando la puerta tras ellos y echando a andar con pasos rápidos por entre los árboles frutales y el huerto adosado a la trasera de la casa.

Una puerta, una escalera y un pasillo; sin luz apenas, pero las paredes traían el eco de otras voces, ruido de cacharros y pasos presurosos que se movían por el resto de las dependencias de la gran casa. Aísa hizo una seña a Luis para que esperara, medio oculto tras unas escaleras de madera, y, tomándolo del brazo, arrastró a Rafael hacia abajo por otra escalera invisible hasta entonces y que, seguramente, llevaba hasta el sótano.

Llegó a preocuparse Martínez mientras que, a tientas, la muchacha abría una cerradura y empujaba suavemente la puerta para que él entrara. Luego, esa misma puerta se cerró y, con temor, el español, oyó el *clac* de la cerradura.

¿Sería una trampa?

Inspeccionó el lugar ayudado por la pálida luz que entraba por dos ventanas angostas situadas cerca del techo; fue a caminar y tropezó con unas cajas. Le sudaban las manos y empezó a considerar la opción de hacer saltar uno de aquellos cristales alargados para intentar salir al exterior, pero se dio cuenta, más preocupado aún, de que las estrechas ventanas estaban provistas de rejas.

Palpó en su bolsillo, y el tacto metálico del encendedor de Luis le recordó que se lo había quedado distraídamente, junto con el tabaco, cuando esperaban en el coche. Iba a encender el mechero, pero se detuvo al oír pasos fuera.

Esta vez, con la apertura de la puerta llegó la luz. Un quinqué hacía temblar su llama de petróleo e iluminaba las facciones duras y, a la vez, sensuales de Aísa. Detrás de ella había un bulto oscuro.

—¿Rafa? —preguntó ella, extrañada de no verle junto a la puerta.

—Estoy aquí —respondió, todavía receloso y sin dejarse ver del todo.

—Mira —Aísa alzó la lámpara e hizo avanzar a la chica que la seguía—, esta es Zahra.

## **SOBRE EL RIF**

### **MARRUECOS ESPAÑOL**

Howard se impuso no descender cuando vio la cinta plateada del río Nékor bajo las ruedas y algo a la izquierda. Animado al haber rebasado el Asrú Uchuán, la cumbre más peligrosa a partir del radiofaro, consultó los datos que llevaba anotados en el *piernógrafo*, una tablilla sujeta a su muslo derecho que le permitía escribir con comodidad sobre ella. Sabía que estaba muy cerca aquel monstruo llamado *yebel* Kéchkech, pero la oscuridad no hacía más que aumentar el riesgo de volar por entre aquellos picachos, a pesar de que el altímetro le señalaba que estaba situado, como mínimo, trescientos metros más alto que el mayor de ellos.

Pero temía, de seguir volando tan arriba, no poder ver sus referencias en el suelo, y en la intriga ansiosa de aquel su primer viaje, se echó hacia adelante todo lo que le permitían los cinturones para otear la negrura frente al parabrisas curvo del avión.

Sí, allí abajo estaba el río, la carretera y las luces de un coche que rodaba por ella; muy lejos, como si flotaran sobre un mar de brea, las farolas de Villa Sanjurjo titilaban. Siguió con interés la mancha amarilla de los faros del automóvil, hasta que éste se perdió en las revueltas que descendían hacia la vega del Nékor; y, en su interés por volverlo a descubrir, vislumbró la palidez de la carretera mezclándose con el tono claro de las márgenes arenosas del río.

Aquél era el puente..., ¿o no?

Decidió tomarlo como el primer *check point*, y viró resueltamente hacia el rumbo 078 grados. Si estaba equivocado, la mole del *yebel* TUNET se interpondría en su camino y...

Redujo gases y forzó la vista buscando las fogatas, pero debían de estar muy lejos aún. Mantuvo el rumbo y, al hacer descender un poco los flaps, el *Lysander* comenzó con sus caprichos, que tuvo que corregir mientras buscaba más referencias en el terreno negro.

De pronto, emergiendo de la noche, la masa imponente del TUNET se alzó frente a él, y la escasa visibilidad le creó la falsa impresión de que estaba muy cerca de su ala derecha, y más alto. Desvió con suavidad el avión cargado y comprobó, en el altímetro de números borrosos por las vibraciones, que éste marcaba algo más de 4.300 pies, lo que suponían más de cien metros sobre la altura del monte de 1.304 ¿Cómo podía ser?

Empezaron las dudas a martillearle, mientras que sólo con una cuarta parte de su ser continuaba siendo un piloto que controlaba un avión.

¿Habría variado tanto la presión barométrica como para señalar aquel error? ¿Se habría confundido de referencia y aquel monte no era el TUNET?

Pero las tres fogatas, como un trío de arañitas anaranjadas, formaron el triángulo correspondiente al punto número dos, y el corazón le palpitó más fuerte al ver aquel asidero para su mente perdida.

Bajó aún más la potencia del motor, cambió el paso de la hélice y aumentó el ángulo de flaps, hasta que las tres fogatas junto al poblado de Suf, ahora mucho más cercanas, pasaron bajo el vientre del aparato; y Howard, poniendo proa al Cero-Cinco-Ocho, supo que se encontraba en el punto inicial de la aproximación.

Notó cómo las ranuras del borde de ataque del ala se desplegaban automáticamente, y mantuvo el morro ligeramente hacia abajo mientras el aire silbaba alrededor de Howard, que había descornado hacia abajo los laterales de la cabina. Situó el variómetro en la marca de los diez pies por segundo y descendiendo, manteniéndose en ella a fuerza de dar gas o reducirlo; no se fiaba de la altitud, y tampoco de que aquel régimen de descenso fuera el adecuado; sólo sabía que debía de estar cerca, muy cerca. La altitud se reducía cada vez más, y la velocidad parecía aumentar a la par que se acercaba a la tierra, con la aguja del anemómetro fija en la marca de los setenta y cinco nudos correspondientes a la aproximación...

Vio el terreno subir, era la falda de una montaña; un saliente particularmente característico y, en la dirección de *las dos*, las luces de Mídar a unos quince o veinte kilómetros, ¿o era aquel otro pueblo..., Dar Dríuch?

Con la mano derecha, accionó el interruptor de los faros, y un enorme chorro de luz partió de las patas del tren de aterrizaje y bañó la vegetación; no estaba a más de cincuenta metros del suelo.

Aterrado, dio gas, y el *Lysander* reaccionó elevando el morro, aunque la luz siguió corriendo sobre las jaras, las adelfas y los alcornoques que cubrían el suelo. De improviso, una línea de color verde se iluminó a lo lejos y, a medida que el avión avanzaba a algo menos de 140 k/h., los focos iban haciendo brillar las dos líneas de luces blancas que señalaban los primeros treinta metros del umbral de pista.

Iba demasiado rápido para intentarlo a la primera, y evitó descender manteniendo la potencia del motor y dando una pasada rasante sobre el campo, cerciorándose así de que el terreno disponible era angustiosamente corto.

Hizo un viraje inclinado fuertemente a la derecha, apagó los focos y se orientó con las luces de Mídar hasta que, completando un cauteloso giro de 180 grados, volvió a ver las fogatas de Suf y reinició la aproximación ya con la certeza de saber a dónde iba.

Se dio cuenta de que el viento era más fuerte de lo que habían calculado en *Palms Field*; soplabá del Norte, ligeramente transversal a su dirección, y el *Lysander* trataba de orientar espontáneamente su nariz hacia allí, mientras derivaba un tanto.

Howard bajó los flaps a tope, pisó el pedal del timón derecho y mantuvo baja el ala izquierda para evitar que el viento la levantara, con lo que colocaba al Westland en una incómoda postura de vuelo; con el ala izquierda inclinada y casi todo el timón a la derecha, el *Lizzie* más se parecía a una nutria herida en medio de la corriente de un río que un avión dispuesto a aterrizar.

El piloto hizo lo indecible por bregar con los casi inamovibles alerones, asiendo con ambas manos la palanca; aunque, al menor descuido, la cola descendía y amenazaba con provocar un descenso en la velocidad y la consecuente y peligrosa pérdida que lo

acabaría estrellando. Se olvidó de los instrumentos y, conectando de nuevo las luces, se concentró en calcular la altura a simple vista.

Los matorrales y los árboles pasaban bajo el morro, raudos, demasiado veloces, pero Howard no podía reducir gases so pena de derrumbarse como un plomo; mantuvo la potencia del *Mercury* hasta que vio aparecer las líneas amarillas.

Tenía que tocar tierra o intentarlo de nuevo.

Con terror, Howard fue consciente de que, aparte mantener pisado el timón e inclinar la palanca, no estaba haciendo otra cosa para que el avión aterrizara; lo estaba dejando ir a su antojo, ¡y aquellas malditas rachas de viento le iban a estrellar contra el suelo!

La advertencia de Ibarra resonó en su interior, tajante: si tienes las amarillas bajo la panza y no has tocado tierra, mete gases y elévate.

Afirmó la mano izquierda sobre el mando del acelerador, dispuesto a adelantarlo pero, en un destello fugaz, tuvo la intuición de que no sería necesario. Retiró casi toda la potencia y el *Mercury* se vino abajo, soltando detonaciones ominosas. El *Lysander* se dejó caer y Howard hundió la cabeza entre los hombros, esperando el batacazo.

A ver cuánto eres capaz de resist...

No había terminado de pensar la frase, cuando el neumático izquierdo tocó tierra con un taponazo sordo. El avión rebotó, tratando de alzar el vuelo, pero la componente de fuerzas le obligó a bajar la cola; aunque el anemómetro le reveló que se movía aún a 80 k/h ¡Demasiado!

Mientras las primeras luces rojas venían hacia él, la rueda trasera impactó contra el suelo con la fuerza de un machetazo e, inmediatamente, junto con el ruido de piedras que golpeaban el fuselaje, las dos ruedas principales se asentaron sobre el terreno, y el piloto aplicó los frenos con tanta fuerza que la cola volvió a alzarse un poco.

Saltando, cimbreándose y dando tumbos, Howard trató de detener la carrera del avión apretando con fuerza los dos extraños mandos situados en la columna de control del *Lysander*, a la vez que tiraba de ésta hacia sí para evitar que la cola se volviera a alzar y el aparato capotara. En medio del golpeteo de los matorrales contra el metal y la lona del revestimiento, un chasquido parecido a un disparo de pistola le confirmó que había sufrido algún tipo de desperfecto.

Las luces rojas se acercaron todavía más, y aún rodaba a cuarenta por hora. Recordó la advertencia de Ibarra sobre el terraplén al frente y a la derecha y, asustado, soltó el freno derecho y mantuvo presionado el contrario, a la vez que pisaba a fondo el timón izquierdo. El *Lysander* dio un tremendo coletazo que a punto estuvo de hacerlo volcar, y, rechinando preocupantemente, se detuvo, bamboleante, en medio de la pista, atravesado y envuelto en el polvo de la meseta.

Howard cortó el motor, cerró la llave de combustible y se soltó los cinturones de seguridad; después, vio una luz azul que le hacía señales desde lo oscuro.

## **CASA DE BACHIR, MÍDAR MARRUECOS ESPAÑOL**

*Era una princesa.*

Había algo mágico en ella; algo que, tal y como le sucediera la primera vez que la vio, se apoderó de su alma con tal fuerza que, en su sublime éxtasis, creyó haber

alcanzado el Nirvana, el paraíso perdido reservado a todos aquellos que ven colmadas sus aspiraciones; y eso que ni siquiera la había tocado.

*Lal-la* Zahra ben Bachir ben Hach Táieb no era demasiado alta, ni demasiado baja; tampoco su cuerpo mostraba una gran opulencia de curvas, sino que, levemente velada por la túnica azul claro, su figura poseía el suficiente magnetismo para evocar la imagen de una magnífica desnudez. Pero era su rostro, iluminado débilmente por la lámpara de petróleo, lo que convirtió a Rafael en alguien apenas incapaz de otra cosa que admirar su belleza.

—Hola —dijo él, al principio—, y ella le había respondido con un intento de inclinar la cabeza—, soy Rafa.

Los ojos de la hija de Bachir habían escrutado al joven teniente, entre indecisos y admirados, y a un palmo del temor. Su vista fue desde el bien cortado cabello castaño hasta el elegante uniforme, pasando por los admirados ojos grises de él y el tenue bigotito que apenas se diferenciaba con éxito de su piel curtida por el sol.

—¿Tú eres...? —inició él la pregunta, alzando una mano que ella miró como si se tratara de la cabeza de una serpiente. Rafael comprendió que la chica estaba muy asustada, y que su presencia allí sólo podía obedecer a la eficaz disuasión de Aísa o a una extremada curiosidad hacia su persona— ¿Zahra? —acabó él la pregunta estúpidamente, viendo en el asentimiento de la cabeza de ella una postura de azoramiento que le hizo feliz— ¿Entiendes español?

Ella había buscado con la mirada dónde sentarse, eligiendo la tapa de una gran cesta de mimbre cuyo contenido era invisible. Le miró luego, haciéndole gesto de que se sentara a su lado, y él sonrió suavemente, admirando la larga mata de pelo negro que cantaba la pureza de su sangre árabe.

—Un..., ¿poco? —dijo, a duras penas.

—Sí, se dice así —afirmó Rafael, poniendo en juego toda su ternura al hacer ademán de acercarse un poco más a ella.

Como el que se aproxima a un cervatillo asustado, Martínez se movió suavemente, buscando el apoyo de una caja cercana y sentándose a medias sobre su tosca arista de madera.

—Tú... —Zahra hizo una mueca de contrariedad al no encontrar la palabra, recurriendo finalmente al árabe—, ¿*aáskarí*?

—Sí —la entendió él, y le hizo un gesto que señalaba su uniforme azul—, militar, y también piloto, ¿sabes lo que es un piloto?

—*La...*, no, ¿qué es?

—Piloto... —buscó él la forma, y la halló haciendo gestos con las manos que simulaban el vuelo de un ave, lo que hizo reír a ella.

—¿*Entá uúsfur*? —rió algo más fuerte, pero Rafael no entendió la alusión a un pájaro.

—Conduzco aviones —pasó, en sus gestos, de manejar un volante imaginario a extender los brazos y simular el ruido de un motor.

—¡Ah!, *táir*, ¿*entá táir*?

—Piloto —volvió él a decir.

—¿*Táir...*, piloto? —se extrañó ella del sonido de la palabra en español.

—Eso es: piloto, *táir* —rió feliz Martínez por aquel intercambio tan parco de palabras—. Tú, muy bonita, muy guapa.

Ella sonrió, sin entender, y Rafael, en vez de considerar el obstáculo del idioma como una barrera, sintió que era un aliciente más de los muchos que enriquecían aquella relación. Nunca había sido un buen conversador, sobre todo con las mujeres; pero, en cuestión de hacer brotar lindezas y requiebros de su mente para galantear damas, era una verdadera nulidad. El desconocimiento de un idioma común era, pues, una verdadera bendición.

—Tu cara..., tú —volvió a señalarla, haciendo gesto de dibujar sus facciones y el largo manto de su cabello, para llevarse después ambas manos a la boca—, muy bella, muy guapa.

Ella no respondió, pero la escasa luz del quinqué bastó para demostrar, al iluminar su sonrojo, que Zahra había entendido las palabras de su amante.

### **PHANTOM FIELD, BENI TUSIN MARRUECOS ESPAÑOL**

Howard Lawson estaba desolado; toda la tensión del vuelo y el aterrizaje se había diluido dentro de su torrente sanguíneo y de su voluntad cuando se vio en tierra y a salvo.

Inmediatamente después de descender del avión, varias figuras le rodearon, sumidas en la oscuridad, y Howard las enfocó con su linterna, bajándola inmediatamente al comprobar que molestaba a los otros. Dos de ellos se acercaron hasta unos centímetros y notó cómo le agarraban la mano.

—Hola, soy Remigio.

—Hola —respondió con una de las pocas palabras que conocía del español.

—Tú debes de ser el nuevo, ¿no?

Entendió que le hacían una pregunta, pero no acertaba a comprender; alargó la mano hacia el otro hombre.

—Yo soy Ráchid —se presentó, usando el francés, uno de los hombres de Bachir.

—Howard Lawson.

—Has dado un buen batacazo, ¿eh, Howard? —dijo Remigio—, porrazo, batacazo..., ¡crac!

—¡Ah, crac! —Howard, volviéndose hacia el *Lysander*, tuvo que reconocer que se había pegado un buen *crac*.

Les hizo señas, medio chapurreando en francés para que Ráchid le entendiera, intentando saber si podía ser descargado el avión allí mismo, atravesado como estaba en la pista.

—*Oui, oui, monsieur...*, ¡eh, vamos! —dijo el rifeño, volviendo al español, para seguir con una retahila de palabras en árabe o dialecto que puso en marcha al grupo de hombres que esperaba.

Howard encendió la linterna y se dispuso a repasar el avión, comenzando por las puntas de la hélice —su gran preocupación cuando se alzó la cola al tomar tierra—, y siguió, paso a paso, toda la estructura. Enseguida pudo comprobar que el neumático izquierdo estaba deshinchado y roto, obligando al avión a permanecer echado sobre ese lado.

Un reventón, se dijo: menuda papeleta. Suerte que, previendo tal contingencia, el equipo de auxilio incluía parches de secado rápido y, en un alarde de imaginación, *Air*

*Touareg* había proporcionado a Bachir un juego de neumáticos. Era grato pensar que se ocupaban de uno, aunque, como mínimo, tardaría dos horas en reponer la rueda.

Recorrió con la mano, centímetro a centímetro, la parte inferior del fuselaje, agachándose a medida que avanzaba hacia la cola; cerca de ésta, comenzó a notar al tacto puntos donde la pintura había saltado bajo el impacto de las piedras lanzadas hacia atrás por las ruedas o el ventarrón de la hélice. En uno o dos lugares, no sólo había sido la pintura, sino que Howard pudo introducir un dedo en el agujero. De todas formas, aquello no era importante.

Repasó el estabilizador, que mostraba algunas hendiduras en el borde de ataque y, al acariciar el entelado del elevador, la lona cedió y pudo descubrir una gran rotura de diez por quince centímetros.

—¡Diablos! —dijo en voz alta.

Una piedra de respetable tamaño había atravesado, de parte a parte, el timón de profundidad. Aquello sí podía ser importante. No sabía hasta qué punto el *Lysander* acusaría el desperfecto en la superficie de control. Desde luego que, descargado, la cosa se reducía bastante, pero aún así le preocupó el hecho. Que él supiera, Ernesto Ibarra y los otros apenas si habían dañado al avión, y ya habían efectuado casi medio centenar de viajes a *Phantom*.

Iba a pasar al otro lado de la deriva para continuar su inspección, cuando notó algo raro en el conjunto de cola. Se separó un par de pasos y barrió con el haz de luz de su linterna todo el tercio posterior del avión; daba la sensación de que estaba más bajo que...

Se agachó con rapidez bajo el extremo del fuselaje y descubrió el problema en toda su dimensión: la horquilla de la rueda de cola era apenas visible entre la maleza; estaba completamente replegada hacia atrás, doblada anormalmente, y la propia rueda pegaba contra el fuselaje, a la vez que aparecía retorcida en un extraño ángulo.

Aquello sí que era gordo.

—¡Eh! —llamó, elevando la voz— ¡Remigio! —no recordaba el nombre del...—, ¡Ráchid!

Los dos acudieron con rapidez, viendo a Howard medio tendido bajo el fuselaje de color rojo.

—Muy malo. La rueda... —¿cómo diablos se diría *rueda* en español?—. Mirad...

Optó por retirarse y alumbrar para que ambos vieran el destrozo.

González se acercó más, agachándose y mirando con detalle, para ordenar algo en voz alta que hizo que los hombres del equipo de descarga se acercaran a la cola, donde el español seguía dando instrucciones.

Dos de los hombres se alejaron y volvieron portando cada uno un par de petacas llenas de gasolina. A una señal, cuatro hombres levantaron la cola del *Lysander* y aquellos otros introdujeron las petacas, formando una pila, bajo el cono de cola. Después, lentamente, los cuatro marroquíes dejaron descansar el aparato sobre los *jerrican*, que se abollaron ligeramente, resonando, pero resistiendo el peso.

El tren de aterrizaje trasero colgaba, como un pingajo, balanceándose de un lado a otro. No se había doblado, ¡estaba partido!

—¡Puf! —exclamó Ráchid.

—Shsss —silbó por lo bajo Remigio González—. Una buena avería.

Sólo Howard permaneció mudo, incapaz de reaccionar. A toda velocidad, su mente trataba de hallar soluciones que, tras un breve examen, resultaban ser

descorazonadoras. Una vez rompió la rueda de cola de su *Jug*, al regresar de una misión sobre Holanda, y la tripulación de tierra, aquellos chicos fenomenalmente eficientes, tardaron más de tres horas en arreglarlo.

Y ahora allí, solo y desconectado de sus compañeros, en territorio extraño, con un pasaporte que decía que era Javier Núñez, un mejicano recién nacionalizado español, y que gritaba en cada una de sus amarillentas páginas la falsedad más absoluta, Howard se sintió terriblemente vulnerable e indeciso.

—Hay que soldar —dijo González, pero el piloto no le entendió—. Esta pieza está partida; habrá que buscar una sección de tubo resistente y soldarla...

Ráchid asentía con gesto grave, y Lawson, que era consciente de su tremenda dependencia de aquellas personas a las que, diez minutos antes, ni conocía, optó por tranquilizarse y calmar sus impulsos de trepar a la cabina, poner el motor en marcha y salir de allí, con el culo del avión arrastrando si era preciso.

Algunos hombres se habían encaramado con sumo cuidado al fuselaje y continuaban con la descarga; mientras que otros, una vez vaciado el tanque trasero, drenaban el contenido del adicional que colgaba de la panza. Otros, echando mano de una increíble capacidad de improvisación, usaron un par de hachas para dar forma a unas cuantas ramas gruesas de árboles que, apoyadas cuidadosamente, formaron una sólida y estable plataforma que resistiera el peso del *Lysander* sin ningún riesgo.

Howard, considerando seguro el apoyo, trepó a la cabina posterior, escurriéndose entre los rifeños que lanzaban paquetes hacia abajo, salvó el depósito de gasolina y se deslizó por entre el costillaje que conformaba el fuselaje, a la altura donde los *Lysander* de la guerra llevaron la reducida cabina ocupada por espías que había que trasladar a Francia, o por pilotos evadidos que había que sacar de ella. No quedaban paquetes allí, y el hombre de Bachir se hizo a un lado y salió, dejándole a solas. Cuando Howard alcanzó el extremo posterior de aquel receptáculo de apenas dos metros de largo y uno de diámetro, se tumbó de bruces para inspeccionar el tren trasero a la luz de su linterna, y acabó por confirmar sus suposiciones. La placa y el amortiguador habían resistido; pero había sido la horquilla la que se había partido, cerca del punto de unión de los dos brazos y seguramente a resultas del primer encontronazo de la toma de tierra.

Allí tumbado, comenzó a pensar. Si lograba hacerse con un trozo de tubo ligeramente curvado o, incluso, con el vástago resistente de una rama de árbol, podría fabricar un patín de cola, haciendo palanca entre el entramado, la placa y el soporte...

Pero tendría que desmontar todo el conjunto para poder meter la pieza, y eso le llevaría demasiado tiempo para que, después, fallara..., y estaba casi seguro de que fallaría. Trató de imaginar la serie de fuerzas que actuarían sobre la barra, y se dijo que, de tratarse de una sólida pista de hormigón, o hasta una de tierra apisonada, podría intentarse; pero en aquel terreno..., una roca medio enterrada, un hoyo o, simplemente, un coletazo del avión haría añicos el tren circunstancial y podría producirse una avería mayor; y más en aquel aparato, que alzaba el vuelo sin elevar la cola.

No era posible.

Suspiró, y el fuselaje resonó a hueco.

—Howard —se dijo en voz alta—, estás en un aprieto.

Notó frío, y reptó hacia atrás para salir de allí. Cuando asomó por el hueco del mamparo, vio a Ráchid acucillado sobre el lugar destinado originariamente al navegante, ocupado ahora por el depósito interior de gasolina de contrabando.



—Hay que darse prisa —dijo el marroquí—. Rápido, *fast*.

—Sí, sí, rápido; pero, ¿qué vamos a hacer?

Ráchid parecía entender el inglés, porque se señaló a sí mismo y efectuó un gesto raro, acompañándolo de un sonido silbante. Se estaba refiriendo a..., ¿soldar?

—¿Soldar? —Howard hizo gesto de unir los índices, y Ráchid sonrió.

—Hay que desmontarlo todo..., desmontar. *The wheel out*.

Descendió Ráchid al suelo por la escala del costado, esperando a que el americano bajara a su vez.

—Pero, ¿dónde vamos a soldar? —preguntó el piloto— ¿Aquí?

—¿*Here*? ¡No, no posible! —negó el rifeño.

—¿*Alhucemas*? —inquirió el otro.

—¡No! —hizo un aspaviento el contrabandista—. No seguro: policía, guardia civil, *spaniards*. *We'll go to my home*.

—¿A tu casa? ¿Dónde está tu casa?

Ráchid señaló el mapa que Howard llevaba a medio meter en el bolsillo de la pernera del pantalón. El piloto lo sacó y, desplegándolo a la luz de las linternas, el dedo de Ráchid trazó un camino desde *Phantom Field* hasta el Sudeste.

—*My Home...*, Mídar, aquí.

—Mídar —Howard leyó el plano y el rifeño pareció saber interpretar sus dudas.

—*One hour, I've a truck*.

—Tienes un camión. Pues bien, vamos, a trabajar.

Consultó el reloj: eran las 20.45 horas. Calculando una y media para desmontar todo el sistema; otra hora de viaje, soldar con mucho cuidado y volver, unas cuatro horas como mínimo. Volver a montar el conjunto, parchear la tela del elevador y cambiar el neumático pinchado, otras dos horas. Total seis, viniendo bien las cosas.

Con suerte, para las dos y media o tres de la madrugada, podía estar a punto de partir.

—Si estuviera aquí Bachir... —dijo Remigio a Ráchid, sin que Howard pudiera entender.

—Tuvo que ir a Tetuán esta mañana; mala suerte, *inshá al-lah*.

—Sí, *inshá al-lah* y todo lo que tú quieras, pero debemos ir antes al destacamento para avisar que somos nosotros, si no queremos que nos peguen un tiro las patrullas.

—*Inshá al-lah* —volvió a repetir Ráchid.

Howard, un poco amoscado por la conversación para él inaccesible, resopló con fuerza, enderezó los hombros y se dirigió a los demás, señalando su reloj.

—*Come on...*

En 1947, en el aeródromo de Tauima, cerca de Melilla, el material de vuelo se va volviendo obsoleto, agotado el remanente de la guerra civil. En la Argelia francesa, las empresas postales recurren a la aviación para enlazar la costa norte con las remotas soledades del interior sahariano, usando excedentes bélicos y pilotos veteranos en paro.

*Cita en el aire*, cuenta la historia del encuentro repetido de un piloto español y uno norteamericano que vuela para *Air Touareg*, nombre bajo el que se oculta una perfecta red de contrabando

FIAT CR-32



Westland Lysander

SNCA Mehari



Heinkel HE-112 B